

MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.Apartado 547.—Teléfono 1848.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

AMPARO POZUELO

Una de nuestras tipos más bonitas; hemos besado
tu retrato Amparito.UN PEQUEÑO REPORTEER
Sección vermouth.EZEQUIEL ENDERIZ
Azahar mustio.FIACRO YRAIZOZ
La puñalada.A. RODRIGUEZ DE LEON
Dos sonetos.FABIAN CONDE
Un invento prodigioso.J. PEREZ RAMIREZ
Salmo venusino.ANGEL G. LUGEA
Invitación al pecado.CARLOS DE MONTERO
Halima.JOSE NAVARRETE
El amor y el matrimonio.TOVAR, DEMETRIO
Y AFRODITAVarios dibujos y retratos de
Amparo Pozuelo, Juanita
Casanova y Carlos de Montero.

5 céntimos





PERMÍTANME ustedes que dé comienzo á esta plática con la evocación del recuerdo de una frase famosa, un tanto filosófica y un poco musical: «Hoy las ciencias adelantan, que es una barbaridad.»

Confirmando esta sentencia del boticario de La Verbena, están los múltiples adelantos con que á diario nos sorprenden ya los inventores, ó bien las Asociaciones más ó menos científicas. Ahora está en auge un señor que, según afirma, ha in-

EL RECURSO DE LAS JAMONAS



Ella.—¡Ay qué gorda estoy; no me puedo agachar! ¿Me quiere usted echar una mano?

El.—¿A dónde?

ventado la extracción de la electricidad atmosférica, lo que causará una terrible revolución en la industria, amén de transformar totalmente las artes de la guerra, porque destruye fortalezas, hace volar acorazados y no sé cuántas atrocidades más, todo ello sin hilos, ni máquinas, ni complicaciones. Con la mayor sencillez del mundo, y como el que se toma un tercio de cerveza con patatas fritas ¡zas! en un momento dado, despanzurra uno á media humanidad y deja derrengada á la otra media.

Así, por ejemplo: Que está usted en la cima de un monte, en idílico bucólico con una bella pastora, pues cuando se encuentra á punto de caramelo, ó sea si «cade o non cade», viene de repente el misterioso fluido y se tira á la pastora desde la cima hasta el valle, haciendo que aquello resulte como en el otro Misterio; «no por obra de varón; sino milagrosamente».

Y es que la fuerza electro-magnética, y cloro-borodística de estos inventos son de efectos verdaderamente asombrosos.

Y si del campo de las invenciones atmosféricas pasamos al de las realidades terrenales, ahí tenemos otro asombro de adelanto, que dentro de tres ó cuatro días podrán presenciar todos los madrileños, en el hermoso trozo de la Florida, que se ha apropiado para sí desde hace dos años la Asociación de Ganaderos del Reino, de la que es uno de los más viriles miembros nuestro actual alcalde mayor, más comúnmente conocido por «O terror dos panadeiros».

Habrán ustedes adivinado que me refiero á la «Semana de prácticas de industrias lácteas» con que dicha Asociación nos amenaza y que habrá de comenzar dentro de unos días.

Yo he leído el sugestivo programa de esta semanita completamente lechera, y aseguro, con la mano puesta sobre el corazón, que he pasado un rato de intensa emoción causándome tan hondo efecto,



—Me parece que adivino tus intenciones al estrechar tu amistad con Meruja.

—¡Qué mala lengua tienes!

—No me decías eso anoche.

que antes que faltar á una sola de esas interesantes prácticas, me hago maurista, que también es una lechería como otra cualquiera.

Como aperitivo, habrá el primer día un «concurso de ordeñadores», premiándose al que más pronto, más suavemente y con mayor limpieza verifique un ordeño á la vista del público.

El programa no lo dice, pero supongo yo que los concursantes podrán ser de ambos sexos. Porque si existen prácticos, que no lo dudo, entre el fuerte, no hay duda ninguna de que en el débil se cuenta con cada especialista que despampana. Las hay que son capaces de ordeñar un rebaño entero sin sufrir la menor fatiga y haciendo á la vez asombrosas filigranas. Opino, pues, que el premio se lo llevará una perita en la materia. También aseguro, por adelantado, que en el «concurso

de enseñanza del manejo del cuajo» será el triunfo para ellas. Conozco algunas que se pulverizan materialmente en este interesantísimo ejercicio de manejar el cuajo y son maestras consumadas de toda clase de enseñanzas.

Otra de las experiencias, que resultará sensacional del todo, será la relativa á la elaboración de la manteca; pues como es sabido las principales operaciones de este ramo de la industria láctea, son el desnate y el desleche.

Con toda franqueza confieso que no me atrevo en anticipar quién vencerá en este torneo, caso de que sean también del género masculino y del femenino los aspirantes al premio. ¡Depende de tantas cosas el éxito de la operación!

No obstante, serán ellas mis favoritas y más en este tiempo que la primavera las da tantas energías, y las ponen tan exuberantes y tan apetitosas. Y si no vayan ustedes á los teatros y á los paseos y fijen-



! La niña.—Mira chico, qué hucha más bonita, anda échame algo.

El.—Ahí va un dinero, pero acércame esa moneda para que te lo introduzca.

La niña.—¡Uo solo. Jesús, primo, qué parco eres!

se en los contornos y en otros detalles de tanta y tanta preciosidad como se ve por ahí, y estarán conformes con mi opinión de que tienen que ser las concursantes hembras las triunfadoras en lo del desnate si que también en lo del desleche.

Por último, habrá otra experiencia interesante: la de elaboración de quesos. Aquí sí que el premio se lo llevan los machos.

Anda por esas academias, y por esas redacciones y por esos Cuerpos Colegisladores, cada queso, ora blando, ora duro, que atufa (cosa muy natural tratándose de ciertos quesos), y por regla general, los que más abundan son los quesos frescos.

Sin ir más lejos, el Congreso es una verdadera quosería. ¿Y «qué sería» de muchos de ellos si no fuese por su habitual frescura? Y eso que abundan los que tienen muy mala leche.

En fin, preparémonos á no perder ni



La mamá. — ¡Las manos quietas; cuando quieras hacer pipi llama á la doncella!

¡Bebé. — Pos no lo entendo; ayer legañaste á Pepito por llamar á la doncella cuando quería hasel pipi.

La mamá. — ¡Es que Pepito tiene catorce años!

UN CAPRICHIO



El marido. — ¡Chica, vista por detrás, estás preciosa; no te muevas!

una sola de las anunciadas prácticas de la industria láctea que se avecinan.

Y ustedes perdonen que les haya molestado colocándoles esta serie de lecherías.

Un pequeño REPORTE

AZAHAR MUSTIO

El champán se ha subido á la cabeza, ella rie cediendo en la batalla, y mi amor de injuria que ya estalla se da maña y la toma con destreza.

Ya no hay gritos, ni lloros, ni extrañe; ella misma me oprime y me avasalla, [za, y caídas sus ropas, sin más valla, las deshojo sensual de su pureza...

Ha gozado mimosa, suplicante, como regía y bellísima bacante buscadora de goces con afán.

He gozado también... Y de hoy adoro á la vida, al placer y al licor de oro que la supo vencer. ¡Viva el champán!

Ezequiel ENDÉ HIZ

LA PUÑALADA

La rosa más fragante y perfumada que pudiera cortar en mi jardín una mañana de Mayo, no sería tan linda como la aldeanita de mi cuento. Cándida se llamaba, y tan apropiado le estaba el nombre á sus quince abriles y á su carita inocente y risueña, que no parecía sino que fué inventado para nombrarla.

Vivía, en su orfandad, al cuidado de su abuela, vieja gruñona y arrugada, de un humor de todos los diablos, á la que tenía la muchacha más que cariño y respeto, un miedo cervical.

¡Y se comprende! Con frecuencia, al menor motivo, y muchas veces sin él, la enfurecida vieja enrojecía las carnes de la pobre muchacha con la vara de la rucaca, que en hilar entretenía sus muchos y largos ratos de ocio.

Todas las mañanas, al rayar el alba, salía la chicuela de su pobre casuca con su cantarillo de leche, y cruzando el monte con la alegría en la cara y gorjeando las canciones infantiles que aprendió en su niñez, llegaba al pueblo inmediato, despachaba su modesta mercancía y con su menguado producto tornaba llena de júbilo, porque llevaba el sustento del día para las dos.

Con aquel puñado de monedas de cobre se consideraban tan dichosas la abuela y la nieta, que á no ser por el carácter arisco y violento de la vieja, sería Cándida completamente feliz. ¿Qué sabía ella de otras cosas, de otros goceos, de otros bienestares del cuerpo ni de otras sensaciones del espíritu? Su rústica inocencia no le había hecho sentir todavía ni el más leve movimiento de ansiedad hacia lo desconocido.

Y así pasaban los días y los meses, y sólo anublaba el cielo de la felicidad de la muchacha el temor constante, el miedo tremendo al castigo de la abuela por cualquier motivo.

Una mañana que, como de costumbre, salió Cándida con su cantarillo cantando como siempre y dando envidia á los ruiseñores del monte, tropezó en un guijarro, cayó de bruces, rompióse el cantarillo y la leche con su blancura regó las florecillas que esmaltaban la verde alfombra. Las amapolas tornáronse azucenas y las mejillas rosadas de la muchacha convirtiéronse en nardos. Un temblor de espanto se apoderó de la infeliz. ¿Cómo volver á su casa sin el dinero? Ese día no podrían co-

mer y si con menor motivo la castigaba ferrozmente la sañuda vieja, era de temer que aquel ruese el último día de su vida.

No había, pues, solución posible, y una determinación enérgica, feroz, definitiva, asaltó la conturbada imaginación de la infeliz chicuela. ¡El suicidio! Había que morir. Volver á su casa sin cantarillo, sin leche y sin dinero, era imposible...

Y resuelta firmemente al sacrificio, pensó en la manera mejor y más rápida de poner fin á su desgraciada existencia.

Pensó en ahorcarse colgada de un árbol... pero no disponía de una cuerda;



JUANITA CASANOVA

GENTIL BAILARINA

además, se haría mucho daño en el cuello alabastrino y... El río estaba próximo y morir ahogada, era una muerte más limpia... Llegó hasta un puentecillo rústico, pero allí... al ver el agua desde lo alto, le pareció que el río era demasiado hondo... Si hubiera tenido un cuchillo no habría vacilado en clavárselo en el pecho, pero ¡ay! tampoco llevaba un arma y no pudo poner á prueba ese rasgo de valor.

Y deseando quitarse la vida y sin hallar manera de conseguirlo, volvió llorando otra vez al monte, á contemplar convertidas en azucenas las que antes eran amapolas y á recordarle su tremenda desgracia.

Al llegar junto á los restos de su des-

NERVIOSA PERDIDA



—¡Dios mío, que vuelva pronto mi marido de su viaje, ó pongo un anuncio!

trozado cantarillo se encontró con un pastor que cuidaba unas cabras. Era Juanillo, un zagalón de diez y ocho años, guapetón y robusto. Se acercó á la muchacha y al verla llorar le preguntó que qué le ocurría.

Cándida le contó su desgracia, su decidido propósito de matarse y hasta le confesó su falta de valor.

—¡Si tú me hicieras un favor! —dijo la chica.

—¿Cualo? —replicó el mozo.

—¿Tú serías capaz de matarme? —

— Si te empeñas mucho, sí — añadió Juanillo —. Precisamente sé yo matar á las mozas de una manera muy güena.

—¿Cómo?

—De una puñalada que se mueren todas de gusto.

—¿Y tienes ahora ese puñal?

—Sí; yo siempre estoy a'mao.

—Pues anda, márame — dijo ella impaciente.

—Vámonos más adrento del monte y allí te lo clavaré.

Se internaron los dos en la espesura, llegaron al pie de un olmo secular y á la sombras de sus frondosas ramas hizo Juanillo que se tumbara la chica. Una vez en postura yacente, la mejor para morir, sacó Juanillo un arma terrible; un puñal del que sólo le enseñó á la muchacha la vaina.

—¿Qué es eso? — dijo la chica asombrada.

—Con lo que se mata á las mujeres.

—¿Con eso se mata? ¿Y no les hace daño?

—¿No te he dicho que se mueren de gusto?

—Pues si es una muerte tan dulce, má-

tame, márame ya, que estoy decidida.

—¡Ahora verás!...

Media hora después, alguna azucena de las que había muy próximas al lugar de la ocurrencia tornóse de pronto en amapola y las mejillas de nardo de la muchacha parecían rosas.

—¿Pero es así como matas tú á las mozas? — exclamó suspirando la chiquilla.

—¡Así! —dijo el robusto zagal.

—Entonces ven por aquí mañana á la

misma hora... porque me parece que se me va á romper otra vez el cantarillo.

—¡Será otro! —replicó el mozo— porque este... ¡éste no lo compone ya ni tu abuela!

Fiacro YRÁYZOZ

DOS SONETOS

Para mi primo el poeta
Blanco-Belmonte, en Madrid.

Despierta, corazón

I

Despierta de tu sueño, corazón,
en un glorioso resurgir de vida.

¡Restañaré los bordes de tu herida
y empezará tu fiebre de emoción!

Sentirás el amor con la pasión
que al alma deja de dulzor transida,
y tu vida será la presentida
en horas de feliz ensoñación.

Ansiarás los misterios del Pecado
y te hastiarás quizá de haber amado
en una loca fiebre sensual.

Y cuando mueras, de placer deshecho
tu misero ataúd será mi pecho,
y mi agonía tu marcha funeral.

A media noche

II

Cobija á la ciudad, como encantada,
una angustiosa soledad de muerte.

Ni una persona transitar se advierte
por esta vieja plaza desolada.

Duerme la altiva iglesia, coronada
por un sombrío campanario fuerte,
y hasta los árboles tienen esa inerte
quietud de la substancia inanimada!

Sólo rompe la calma, al dar las doce,
de la iglesia, el reloj. De alas un roce
de las aves que huyen se desata,

que, heridas por los rayos de la luna,
revuelan en el aire como una
bandada de libélulas de plata.

A. RODRÍGUEZ DE LEÓN

El invento prodigioso

Empezaré por declarar á ustedes que condeno el adulterio con todas sus falsas y relativas alegrías, y que todos los esposos á quienes sus mujeres engañan, debieran hacer lo que el protagonista de una nove-

EL COLMO DE LA BUENA EDUCACIÓN



El caballero (al marcharse).—Si me juras que no te has de molestar, te obsequiaré con una moneda de cinco pesetas.

La Zurraspa.—¡Amos, anda ya guasón, no seas pelmaso y apoquina la pastizara!

la de Zola: cuando ese señor supo que su mujer tenía un amante que la maltrataba, hizo testamento dejándola por heredera de todos sus bienes, á condición de que, una vez muerto el marido, se casara con tan cariñoso amador. Esta fué su venganza, y no me negarán ustedes que es difícil encontrar otra más completa.

Pero hay hombres tan arrimados al apéndice caudal (léase cola) que, teniendo doble edad que la mujer, á cuya mano aspiran, y sabiendo que ella no sólo no les

ama, sino que está deseando amar al primer buen mozo, guapo y robusto que se les presente, cierran los ojos á todos los consejos, y creen inocentemente en que su costilla les será fiel por el relativo sport de la virtud forzosa.

Don Agamenón de la Cisura, sabio indiscutible, pero de corazón completamente yerto, se casó con la bellísima Leonor; una mujercita que podía ser su nieta; y como la muchacha no le quería y sólo accedió al matrimonio por obedecer á un tutor sin sentido común, todos, amigos, enemigos é indiferentes, auguraron al sabio don Agamenón un disgusto conyugal ó toda una serie de disgustos.

Y ahora vean ustedes cómo se realizó la profecía en el sainete que á continuación extracto sin añadirle el menor comentario de mi parte.

CUADRO I

Don Agamenón cepilla cuidadosamente su sombrero de copa. Leonor, recostada en un diván, se queja de fuerte dolor de cabeza. Son las nueve de la noche.

DON AGAMENÓN.—¿Con que no te decides á escuchar mi conferencia?

LEONOR.—¡Ay! maridito. Lo siento mucho; pero me duele la cabeza de un modo atroz.

DON AGAMENÓN.—Caramba, caramba, pues lo siento... En fin, otro día será.

LEONOR.—Sí, hombre, otro día será.

DON AGAMENÓN.—Bueno, pues hasta luego. Procura dormir y verás cómo te alivias.

LEONOR (*Enigmática*).—Dormir, dormir. Más fácil será que vele hasta que vuelvas.



La doncella.—¿En qué piense la señora?

La señora.—En que me está haciendo falta un billete grande, y no sé por dónde

La doncella.—Pues yo sí sé por donde le va á venir á la señora.

DON AGAMENÓN.—Harás mal; ya sabes que el sueño es el mejor remedio para los estados nerviosos.

LEONOR.—No siempre.



¿por dónde me va á venir.

DON AGAMENÓN (Acercándose á un aparato telefónico que hay en el gabinete y quitando la comunicación).—Vaya, te arreglaré el teléfono para evitarte sustos.

fono, pues así como este transmite el sonido á distancia, mi telecinematoscopio transmite la imagen ¡La imagen, señores, á cualquier distancia!

Nada hay tan desagradable como el repiqueteo del timbre cuando se tiene jaqueca.

LEONOR.—Hijo mío, siempre estás en todo...

DON AGAMENÓN.—Los años, monina, los años. (Abraza á su mujer y sale diciendo para su capote). He tenido una idea magnífica al descolgar el receptor. ¡Je, je, je! ¡Qué sorpresa le voy á dar! (Y satisfecho de su iniciativa, se dirige al centro donde ha de dar la conferencia).

CUADRO II

Salón de sesiones del referido centro. Una concurrencia tan numerosa como escogida se dispone á escuchar al profundo don Agamenón. En el fondo de la sala, arrimado á la pared, se ve un misterioso aparato del cual es inventor el célebre sabio. Don Agamenón aparece. Los circunstantes le saludan con una salva de aplausos. Restablecido el silencio, toma la palabra el conferenciante y explica los prolegómenos de su invento. Los circunstantes vuelven á aplaudirle y don Agamenón se entusiasma.

DON AGAMENÓN.—Veo con gusto que me habéis comprendido. Bien es verdad que mi descubrimiento más es obra de la misma Naturaleza que mía, y aun siendo esto último, tampoco me cabría otra vanidad que la de haber seguido los pasos de los grandes físicos contemporáneos. El aparato de mi invención no es más que un complemento del telé-

LA CONCURRENCIA.—¡Bravo! ¡Bravo!
 DON ARGAMENÓN.—Y una vez terminada la explicación teórica de mi aparato, entraremos en el ensayo práctico. ¡Ah! Ante todo, debo advertir á mis ilustrados oyentes, que la imagen que vamos á ver transmitida por mi aparato, es la de un gabinete de mi casa, que se halla á un kilómetro de



Ella.—No me reprenda, padre, por llevar la falda abierta; es por economía ¿sabe? me faltó tela.

El buen cura.—¡Loado sea Dios; aún tenemos que dar gracias al Altísimo porque la falta de tela sea por la pierna, que si llega á ser por más arriba...

aquí. En el gabinete verán ustedes á mi señora tendida en un diván y atacada de una fuerte jaqueca. (Hace una seña á un portero y el salón queda á oscuras. El lienzo destinado á las proyecciones se ilumina lentamente. Los concurrentes se levantan del asiento. En el lienzo aparece el diván mencionado y Leonor tendida en él. Don Argamenón sonríe triunfalmente. De pronto suena en el salón un inmenso ¡ah! de estupor. El sabio se cubre la cara con las manos y se desploma sobre un taquígrafo. Las señoras prorrumpen en exclamaciones de horror. Entran dos guardias, y guiados por un asistente se acercan á don Argamenón y solicitan su captura por ofensas á la moral.

¡La explicación de esta hecatombe? Pues es muy sencilla. Junto á Leonor, acababa de aparecer en el lienzo un personaje masculino en traje de noche.

Fabián CONDE

Salmo Venusino

1. Este es el exúbero bosque, negro y sedante; éste es el alto bosque oloroso, que se desliza, desgredado, sobre laderas redondas y tornasoladas.
2. Y á la vuelta de estas laderas, dos matorrales, tibios y axilares, dan propicia somora, y amenidad y recreo.
3. Estos son dos cerrillos empinados y finamente rematados en punta: como dos limones en sazón, como dos cordericos mellizos y palpitantes.
4. Y tras aquesta loma, de opulentas curvas; tras aquesta loma, preñada de suavidades;
5. salvando esta loma, combada y oronda, que invita á la siesta de bruces;
6. salvando esta loma libre de musgo; pero que es fecunda en sus entrañas,
7. he aquí lo que se divisa: he aquí un nuevo y frondoso matorral;
8. he aquí lo que se advierte, salvando la loma: como un conejo agazapado...
9. Pero es, desde sus cercanías, una grieta misteriosa y esquivia y atrayente; una gruta del Diabolo, ante la cual se estremecen los que á su boca se llegan.
10. Es la gruta encantadora: la gruta del Amor y de la Vida.
11. Mayo ha venido: Amiga mía, Mayo ha venido.
12. Paren las tierras donosamente; paren las tierras por la gracia de lo alto.
13. Y se abren bellas rosas y encendidos capullos se contonean; y la higuera da sus higos.
14. Y en la bajada de los montes crecen, cerniéndose, flores silvestres; y la cascada fresca tiene un cristalino reir de fiesta y de cosquillas.
15. Mayo ha venido: Amiga mía, la hora es de amar...
16. El Amor induce y obliga, en com-

plicidad con el picante sol de este tiempo; y todo se nos conjura para que nos amemos y refocilemos, cumplidamente, como los animales y como los dioses.

17. Todose nos conjura; ¿oyes?... Vagos ruidos, ayes dulces, jadeos y meneos;

18. rumor de besos y crujiir de ramas, entre el follaje...

J. PÉREZ RAMÍREZ

Invitación al pecado

I

Divino estremecimiento
el de tu carne florida,
por el sexto mandamiento
contenida.

II

Ansia de amor, estrujada
al nacer — loco delirio
de una histérica alborada
de martirio —

III

Naciste para el amor;
¿gubia, elegante, discreta...?
Tú llenas el corazón
de un poeta...

IV

Inspiras música de una
tonada de reyes magos,
al pasar, como la luna
por los lagos.

V

En el verso extraño y brujo
de tus pupilas brillantes,
cegarían á su influjo
tus amantes.

VI

Es en tu boca, el pecado,
flor de sangrienta apoteosis,
líncamente nimbado
de clorosis.

VII

Hay en tus piernas, albura
mística de sortilegio;
y en tu ondulante cintura
sacrilegio...

VIII

Sacrilegio son tus brazos
destrenzados del placer...
¡Oh, insuperables abrazos
de mujer!



El.—Haz el favor de no ponerte más ese sombrero ó no salgo contigo.

Ella.—¿Por qué?

El.—Porque ya estoy abroncado de oír: ¡vaya una tía con cresta, la picaba á usted en la mismísima ídem que está usted exaltando á las aves congéneres.

Ella.—Pues hijo toma ejemplo.



IX

En la ilusión de tus senos,
duermen dos palomas blancas;
y dos potros agarenos
son tus ancas.

X

Por tu mirada impoluta,
que me embriaga de tu vida,
yo, te ofrezco de la fruta
prohibida.

XI

Bebe en la ciátera de oro,
néctar de amor y poesía,
y sea un triunfo sonoro
tu alegría.

XII

Divino estrechimiento
el de tu carne florida,
por el sexto mandamiento
contenida.

Angel G. LUGEA

HALIMA ⁽¹⁾

No era hombre el interesado Welid que desistiera fácilmente de sus proyectos, por los que calificaba caprichos de su hija, ni sus codiciosas miras le permitían desairar al más rico mercader de la provincia por el joven hijo de Malik-Ben-Scialid, que aunque noble, inteligente y bien acomodado, distaba mucho de poseer los bienes de fortuna que aquél, aparte del inveterado odio á su familia, que se mantenía potente en su alma, aun muerto su rival. Su rencor le aconsejaba oponerse á los

(1) Novela recientemente publicada por Carlos de Montero.

amores de su hija con Ahmed; su avaricia le estimulaba á emparentar con el poderoso Naufil-Ben-Obdad; su dureza de corazón y su egoísmo le impedían pensar en su justo valor las conveniencias de su



Carlos de Montero

hija, ni estimar su futura felicidad conyugal.

Resuelto á aprovechar la favorable ocasión que la partida de Ahmed le proporcionaba para concluir con unas relaciones cuyo recuerdo le enardecía la sangre, llamó un día á su hija y le habló de este modo:

—Halima, preciso es que te sometas á mis deseos, que por tanto tiempo has eludido. En la primer luna de Mayo he resuelto que te cases con Naufil-Ben Obdad,

cuya fortuna te convertirá en la más poderosa entre todas.

—Señor, imposible; sus riquezas no las ambiciono y sabes que mi corazón es de otro.

—Suspende tus lamentos; basta ya de protestas. ¿Te querrás oponer á mi voluntad? ¿Osarás ofender á tus antepasados, enemigos irreconciliables y rivales eternos de esa familia de los Malik Scialid, que Mahoma confunda? Halima, ¿qué sangre corre por tus venas?

—¡Ah, señor! Mal interpretas la doctrina del Profeta si por un odio que en la actualidad no tiene razón de ser impides realizar el único bien que anhelo en la tierra, y mal también juzgas á mis antepasados si crees ofensa para su memoria, que yo venero tanto como tú, el que la discordia que mientras vivieron enemigos les separó no concluya con el transcurso del tiempo en el perdón de los mutuos agravios que purifique sus almas en la región de los justos.

No pongas á tu respetuosa hija en el trance penoso de desobedecerte. Tu oposición es infundada é injusta. Si desatien-des mis ruegos, si persistes en tu egoista propósito, aunque me sea violento oponerme á tu mandato, dejaré en esta ocasión de acatarlo. Yo no faltó á mis votos; yo no podría vivir en unión de un hombre que instintivamente aborrezco. Yo cifro mi felicidad en el amor de Ahmed; si renunciara á él, ocasionando su infortunio y mi desgracia, sería necia é indigna de compasión por haber causado yo misma mi desventura, ya que tú, ciego y equivocado, en vez de contribuir á mi dicha tratas de estorbarla.

Te suplico, por la memoria de mi madre, que no insistas en tu intento.

Welid, convulso de furor, livido de ira, privado de razón, sorpreso por la entereza de su lija, devoraba su rostro con miradas terribles, sin que sus labios, que agitados temblaban, le dejaran en su indignación articular frase alguna.

—¡Maldición sobre ti! —dijo al cabo, queriendo arrojarse sobre ella; pero ligera como una corza, dió un salto atrás, y apoderándose de una gúmbia que sobre la mesa de su padre estaba, se la alargó, diciéndole:

—Mátame en vez de maldecirme, porque me es imposible obedecerte.

Retrocedió Welid horrorizado, y destrozando en su imponente furia cuanto encontró al paso salió de la habitación.

El amor y el matrimonio

En una de estas rientes mañanas acribeñas en que el aura primaveral nos satura de exquisita embriaguez, sentado en un banco del Retiro ¡qué dulcemente sentía la nostalgia de otras horas!

El sol, abriendo su círculo luminoso en la inmensa diafanidad del cielo, derrama-



Ella.—Pero hombre, ¿qué tienes en la boca que hablas con tanta dificultad?

El viejo.—¡Es que se me ha hinchado la lengua!

ba el oro de sus rayos por sobre la tierra. El temple, suave y apacible, me acariciaba débilmente como casta hembra amorosa.

Algarero y parlador sentíame y decidí comunicar, con una gentil audacia, si tal habilidad tenía, á la elegante mujer que surgió, como aparición mágica, de entre las frondosidades del parque y vino, lenta y altiva, á sentarse en el mismo banco que yo, toda la alegría que donó á mi ánimo este claro día de primavera.

Luego de algunas vulgaridades al principio, siguió más interesante nuestra conversación.

—¡Oh!; sí señora. Es indudable. Todos vivimos dos vidas.

—Cada vez me sorprende usted más.

—Pues nada tan cierto. Vivimos la vida real, la de siempre, la que nos impuso el destino y está á la vista de las gentes; y, al mismo tiempo, vivimos la nuestra, la que soñamos, insospechada de los demás porque sólo alienta en nuestra imagina-

UN DESPRECIO



La niña.—Bésame, primo.

El primo.—Tienes los labios muy chicos y á mi sólo me gusta poner mi boca junto á los grandes labios.

La niña.—¡Imbécil!

ción; la que forjó nuestra ilusión y se trurcó amargamente dejando en nuestra alma una sutil añoranza, un triste recuerdo de esperanzas no realizadas, flor de poesía en la diaria prosa de nuestra existencia...

A pesar mío, iba hablando seria y sentimentalmente. Ella parecía escucharme con agrado.

—¡Ah! De lo que soy á lo quise ser... ¡Aquella mujer!

—Ya salió la mujer de su historia. La estaba esperando.

Donairesa y burlona, la linda desconocida, ponía, con gran discreción, un regocijado comentario á mis palabras. Y eran entonces más bellos sus ojos claros, más atrayente su boca fresca y húmeda...

—En efecto. En todas las historias hay, enevitablemente, una mujer...

—Y un hombre.

—Es verdad. Pues la mía (porque siempre la llamo *mía* aunque es de otro, ¡qué sarcasmo más cruel!) va constantemente en mi pensamiento, la veo cerca y no la puedo alcanzar. Sus ojos negros, que saben mirar bravos y tiernos, retadores y dulces porque son madrigal y son tragedia, me obsesionan, me dominan, me vencen...

—¿Fué novia suya, esa mujer?

—Sí. Mi novia, mi ideal. Yo había puesto en el poema de nuestro cariño todo el culto de mi vida. Pero ese castillo de ilusiones, vino á tierra.

—¿Sí? Y ¿quién lo derrumbó?

—¡Asómbrese usted! ¡Un arquitecto!

—¡No acaba usted de sorprenderme! Y ¿cómo?

—Muy sencillo. Poniendo á los pies de ella su título y su sueldo. De ahí, al matrimonio; y yo...

—Me lo explico.

—Pero ella, estoy seguro, me quería á mi.

—También me lo explico, sí señor. La vida prosáica, de que usted hablaba antes, necesita arquitectos y... médicos. Mi marido es médico, ¿sabe usted? En cambio, mi novio...

—¡Cómo! ¿Su novio no es su marido?

—No señor. Mi novio no podía llegar á ser mi marido.

—¿Era poeta, como yo? Lo creo entonces.

—Se parecía á los poetas en que no era hombre práctico. Figúrese usted que empezó varias carreras y no terminó ninguna. ¿Qué iba yo á hacer con un hombre tan informal? Al fin, aunque le quería locamente, como se quiere una sola vez en la vida, tuve que arrancarme del pecho aquel cariño y... casarme con otro.

—¡Bah! Es absurdo esto de que la vida interponga entre los que se aman una enorme distancia. Hay que rebelarse. El amor está por encima de todos los convencionalismos.

—No, eso no.

—Pero usted á quiere al otro.

—Sí.

—Entonces...

—Es diferente.

Pensé, algo cínico, que nuestros tristes recuerdos podían tener un consuelo fácil. Y la propuse, atrevido:

—Señora mía: nuestras amarguras son idénticas. Yo pensando en Lola, se llama Lola...

—Y yo en Enrique, se llama Enrique...

—Sufrimos igualmente y sentimos el mismo deseo nunca logrado. Si usted qui-



Ella.—Chico, no te pasa lo que á mí; no tienes pelo de tonto.

siera... sin comprometerla puesto que no nos conocemos y no hemos de volver á vernos jamás; en unos minutos de intimidad, y con algún esfuerzo de imaginación, tanto usted como yo nos creeríamos en brazos de nuestro amor soñado.

Había comprendido y respondió, con leve excusa:

—Es expuesto. Si nos vieran.

—Nadie ha de vernos. Un coche cerrado nos oculta de las gentes...

Aceptó. Y mientras ello acontecía tiernameamente, intensamente ella musitó: ¡Enrique! ¡Enrique!... Y yo: ¡Lola! ¡Lola!...

Y al despedirnos, hubo también estas palabras:

Ella.—¡Enrique!

Yo.—¡Lola!

Los dos.—¡Te quiero! ¡Te querré siempre!

Y nos alejamos.

José NAVARRETE

Lea usted en *EL LIBRO POPULAR*

El pecado de Sor Rafaela

novela completa por

PEY ORDEIX

20 céntimos

PABLO CUESTA

Se encarga del reparto de periódicos y revistas dando toda clase de garantías. Además de otras revistas reparte actualmente *El Libro Popular* y *LA HOJA DE PARRA*. Para pedidos de *El torero trágico*, escribid directamente á **Pablo Cuesta, Tres Cruces, 4, tienda.**

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, ur-
pus, etc. Tomar todos los días un
Papel Yhomar disuelto en un vaso
de leche ó agua muy azucarada,
y desaparecer en esos defectos que
afean el cutis y teniendo constancia
obtendréis una piel fina, tersa y deli-
cada como pétalos de rosa. *Gayoso*,
Madrid; *Gamit*, Valencia, y en las
principales farmacias bien surtidas.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-muscu-
lares, impotentes, gastados por abu-
sos de Venus, solitarios, alcohólicos,
pesares, estudios, & viejos sin años,
recobrarán las fuerzas de la juventud
con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso
externo. Los medicamentos al interior,
si son débiles, estropean el estómago
y no producen efecto, y si son fuertes
matan la salud. El VIGOR SEXUAL
KOCH se vende en las boticas bien
surtidas del mundo. Conviene que para
determinar el grado de DEBILIDAD se
pida á la CLINICA MATEOS,
Arenal, 1, 1.º, MADRID (Españ-
ña) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán
gratis por correo, reservadamente.

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Postigo San Martín, 9.

OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes.	1 pta.	La vida cachunda.	0,20 pta.
Alaridos eróticos.	1 »	La raza humana.	2 »
Cartas para todos.	0,50 »	Entremeses.	1 »
Quince romances en chufia.	0,50 »	Viaje cómico por España.	1 »
Monólogos picarescos.	0,50 »	Chascarrillos y epigramas.	0,50 »
Cartas amorosas.	0,50 »	Vida de Belmonte y algo más.	0,50 »
Para que rían las mujeres.	0,50 »	Joselito tiene miedo.	0,50 »
Los caminos del amor.	0,50 »	La República del Común.	0,30 »
Diálogos del teatro.	0,20 »	Malagueñas y centares.	0,20 »

OBRAS COMPLETAS: tres tomos encuadernados, 10 pesetas.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, santuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se manden por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, dirjense UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pta.